

Canción de la bailarina Colette *

¡Oh tú, que me llamas bailarina, hoy debes saber que nunca aprendí a bailar! Me encontraste pequeña y juguetona, danzando en el sendero en persecución de mi sombra azul. Giraba como una abeja, y mis pies y mis cabellos, del color del camino, se empolvaban con el polvo rubio del polen.

Me viste retornar de la fuente, meciendo el ánfora en el hueco de mi cadera, mientras el agua, al compás de mis pasos, saltaba sobre mi túnica en lágrimas redondas, en serpientes de plata, en menudos cohetes rizados que ascendían, helados, hasta mi mejilla... Yo caminaba lenta, seria, pero tú llamaste danza a mis pasos. No mirabas mi rostro, pero seguías el movimiento de mis rodillas, el balanceo de mi talle; en la arena leías la forma de mis talones desnudos, la huella de mis dedos separados, que equiparabas a la de cinco perlas desiguales.

Me dijiste: «Coge esas flores, persigue esa mariposa...», pues llamabas danza a mi carrera; y a cada reverencia de mi cuerpo inclinado sobre los claveles purpúreos; y al gesto, repetido en cada flor, de echar atrás, por encima de mi hombro, un chal resbaladizo.

En tu casa, sola entre tú y la alta llama de una lámpara, me dijiste: «¡Danza!» y no dancé...

Pero desnuda en tus brazos, sujeta a tu lecho por la cinta de fuego del placer, me llamaste, sin embargo, bailarina, al ver agitarse bajo mi piel, desde mi garganta curvada hasta mis pies crispados, la inevitable voluptuosidad.

Fatigada, anudé mis cabellos, y tú los contemplabas, dóciles, enrollarse en mi frente como serpientes hechizadas por la flauta.

Abandoné tu casa mientras murmurabas:

«La más hermosa de tus danzas no es cuando acudes por el camino, anhelante, poseída de un deseo exasperado, mortificando ya el broche de tu vestido. Es cuando de mí te alejas, apaciguada y con las rodillas temblorosas, y al alejarte me miras, tu barbilla en el hombro... Tu cuerpo me recuerda, oscila y titubea, me echan de menos tus caderas y tus senos me están agradecidos.

»Me miras, vuelta la cabeza, mientras tus pies adivinadores tantean y escogen su camino.

»Te vas, siempre pequeña y disfrazada por el sol poniente, hasta no ser más, en lo alto de la colina, esbelta en tu túnica anaranjada, cual una llama vertical que danza imperceptiblemente...»

Si tú no me abandonas, iré danzando hasta mi blanca tumba.

Saludaré a la luz, que me hizo hermosa y me vio amada con una danza involuntaria, cada día más lenta.

Una postrera danza trágica me enfrentará con la muerte, mas no lucharé sino para sucumbir con gracia.

Que los dioses me concedan una caída armoniosa, juntos los brazos sobre mi frente, doblada una pierna y extendida la otra, como presta a franquear, de un salto liviano, el negro umbral del reino de las sombras.

Me llamas bailarina, y, sin embargo, no sé bailar...

(Traducción de Bartolomé Leal)

* Para la escritora francesa **Colette** (1873-1954) lo principal radicaba en la exaltación de la naturaleza y la sensualidad del cuerpo, elementos que consideraba unívocos, tan propios de la niñez, un estado que nunca quiso abandonar. Como sus personajes, fue libre, provocativa, abierta a las tentaciones y amante regocijada del escándalo. Feminidad e independencia la caracterizaron toda su vida. Fue mimo, bailarina y actriz de variedades, posó desnuda para el nascente arte fotográfico. Aunque casada en tres ocasiones, hizo escándalo por sus amores sáficos. Con el tiempo llegaron el éxito, la legión de honor, la columna en un diario, la academia, los gatos... Figura legendaria de las letras francesas.